

ALBERDI Y EL ÁNGEL DE LOS CAMINOS

por el Académico DR. SEGUNDO LINARES QUINTANA

En las postrimerías de la década de los 70, se produce en el país un movimiento general de interés y reconocimiento de sus altos merecimientos hacia el *Padre de la Constitución*, injustamente olvidado y zaherido por las pasiones políticas y personales, que culmina y se concreta en su elección por el pueblo de Tucumán de diputado ante el Congreso de la Nación. Claro está que si ello halaga a Alberdi, no le entusiasma demasiado ahora el regreso a la patria, tan ansiado en otras épocas. Tiene entonces sesenta y siete años y una delicada salud que con el transcurso del tiempo, la adversidad y el consiguiente sufrimiento moral en su delicada sensibilidad, lo ha envejecido en extremo. Un viejo proverbio árabe dice que la felicidad consiste en saber cada día renunciar a una ilusión; y el gran argentino ha ido desgranando ilusión tras ilusión en el pedregoso camino de su existencia. Además —como anota Popolizio—, “no le gusta la vida pública; no es el amado de las multitudes; no sabe, como Mitre, arengar al pueblo, ni, como Sarmiento, enfrentarlo. Es solamente un hombre de estudio, de trabajo, de gabinete. Sus dudas aumentan al saber que en Buenos Aires han reeditado sus escritos sobre la guerra con Paraguay, reavivando enfrentamientos y pasiones enfriadas. Lo visita el General Mansilla, quien recoge una impresión contradictoria en el autor de las

* Fragmento de la Conferencia pronunciada el 19 de junio de 1984, en el Salón de Actos del Colegio de Escribanos de la Ciudad de Buenos Aires, en calidad de Presidente de la Comisión de Homenaje a Alberdi en el centenario de su muerte.

Bases: por una parte quiere volver pero al mismo tiempo está embargado por un sentimiento de inseguridad, de temor, que encubren en el fondo hondos resentimientos por las heridas recibidas en la dura lucha por sus ideas". Bien descubre Popolizio el estado de ánimo del prócer: "Aquella es la imagen que recoge el General Mansilla; hay otro Alberdi, empero, que él no puede conocer. Es el ser lleno de vida interior que sólo se abre plenamente frente a una cuartilla dispuesta a recibir sus confidencias y comprometida de antemano a no divulgarlas. Porque son las confidencias de sus pasiones, y el hombre de las *Quillotanas* se avergüenza ahora de confesarlas en público; una especie de pudor le impide guardarlas como una cosa desdorosa. Día a día llena apretadas resmas que no piensa publicar; que, más aún, prohíbe a su albacea dar a conocer. Esos papeles verían la luz, sin embargo, convertidos en parte de los dieciséis gruesos volúmenes de sus *Escritos Póstumos*. Ellos nos muestran en el septuagenario unos bríos insospechados, pasiones indomadas, odios violentos. Las injurias recibidas no se borran de su alma ni en los años postremos: difícil le será perdonar a Mitre y a Sarmiento el haberle arrojado de la comunidad argentina"¹. Luego de mucho pensar, Alberdi se decide y prepara todo para el viaje que él piensa será de regreso definitivo a la patria.

Alberdi viaja a bordo del barco inglés "Cotopaxi", que dirige su rumbo a Chile, con escala en Montevideo, ciudad a la que arriba dominado por la nostalgia y la tristeza que empañan los dulces recuerdos de su juventud. Sus mejores amigos ya han desaparecido: Mariquita Sánchez, Gutiérrez, Echeverría, Cané. Para peor, se entera que Sarmiento ocupa ahora el ministerio del Interior bajo la Presidencia de Nicolás Avellaneda. Embarcado en el "Júpiter", vapor de la carrera, llega a Buenos Aires a las siete de la mañana del 16 de setiembre de 1879. Le recibe una comisión, que integran Don Marcos Zorrilla, quien le presenta sus saludos en nombre del ministro del Interior Sarmiento, y Marco Avellaneda, colega de diputación con Alberdi, en nombre de su hermano, el Presidente de la Nación.

Al día siguiente de su llegada, Alberdi concurre al vetusto edificio del Congreso de la Nación situado frente

¹ ENRIQUE POPOLIZIO, *Alberdi*, ps. 193/194.

a la Plaza de Mayo y en una breve ceremonia, bajo la Presidencia de Manuel Quintana, presta juramento como diputado y queda incorporado al cuerpo a que pertenece. Inmediatamente, cruza la calle y penetra en la Casa de Gobierno, dirigiéndose a las dependencias del Ministerio del Interior, para retribuir el saludo de Sarmiento. El gran sanjuanino conversa con algunos amigos cuando su secretario anuncia la visita del adversario, a tres décadas de la famosa polémica. Cuando surge en la puerta del despacho la pequeña y endeble silueta del *Padre de la Constitución*, Sarmiento, casi de un salto se precipita sobre el notable visitante y le dice en alta voz: "Usted y yo tenemos una alta magistratura que desempeñar, consagrada por nuestras canas, y es el respeto a nuestros servicios". Y grita, entonces, más que exclama: "¡Doctor Alberdi, en mis brazos!". Y los dos colosos se confundieron en un largo y apretado abrazo mientras disimulaban sendos lagrimones que surcaban sus arrugadas mejillas de veteranos luchadores ².

El 24 de enero de 1880, Alberdi escribe a Sarratea: "el otro día, en el entierro de nuestro pobre y querido Posadas, nos encontramos con Mitre, y cambiamos las demostraciones más corteses y amistosas" ³ Luego de la histórica entrevista en el ministerio del Interior, Alberdi visitó tres veces a su antiguo adversario en su domicilio particular. Entre los papeles que Sarmiento escribió poco tiempo antes de su muerte, hay uno en el cual, refiriéndose al insigne *Padre de la Constitución*, dice: "sus talentos e ilustración lo colocan entre los más claros ingenios de la República" ⁴.

Botana corona su brillante a la vez que profundo análisis de la tradición republicana, bajo la forma de un imaginario diálogo entre esos dos colosos de la organización nacional que fueron Alberdi y Sarmiento. "Para los legisladores que ya no estaban —escribe Botana— la sociedad en formación traía pues en su seno, entre cosas nuevas y viejas, su propia contradicción. Los inmigrantes, acontecimientos novedoso y deseado, arrastraban un pasado, que

² ALBERTO PALCOS, Prólogo a JUAN BAUTISTA ALBERDI, *El crimen de la guerra*, Ed. W. M. Jackson, Buenos Aires, 1944, p. XXVII.

³ JORGE M. MAYER, *Alberdi y su tiempo*, Ed. Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, Buenos Aires, 1973, t. 2, p. 1077.

⁴ DOMINGO F. SARMIENTO, *Los emigrados* (páginas póstumas), *Obras completas*, Buenos Aires, 1913, t. 14, ps. 360/361.

Alberdi y Sarmiento no querían, en esas costumbres del Mediterráneo que venían a mezclarse con la historia criolla aún viviente y enérgica. Con esa argamasa se constituyó una república a la cual Alberdi dio prólogo y Sarmiento epílogo". ¿Dónde está el bien político para uno y otro prócer? Según Botana, a este interrogante, Alberdi dio una respuesta que fue el prólogo de la Argentina moderna. "En la afirmación de que la sociedad civil es un bien más importante que la sociedad política se asienta el primer principio de la legitimidad alberdiana. Lo que constituye a la sociedad civil es la libertad moderna según la entendieron Montesquieu, cuando al promediar su obra resuelve abandonar el mundo clásico, Adam Smith y más tarde Constant, Renan y Spencer... Los inmigrantes no debían llegar al Plata para ocupar la parcela que fijaba el designio constructivista del legislador, sino para trazar, por caminos que los propios actores no conocían del todo, el mapa de la libertad humana donde nada está determinado de antemano. Desde el punto de vista político, esta teoría propone una legitimidad de contorno —leyes generales, magistrados que las aplican y poco más— a fin de que la conducta humana y sus efectos imprevisibles hagan en paz su faena"⁵.

Interrogando imaginariamente a Sarmiento, Botana pregunta: "¿Sería redundante apuntar que empeñó su vida entera en construir una comunidad política para los argentinos?" La busca del bien político en el movimiento de la gran historia: tal resulta ser el primer principio de la legitimidad sarmientina. Ese bien, Sarmiento lo situó en la política y en una historia que, atenta al decurso de la existencia cotidiana, representó al principio una épica de la resolución. Señala Botana que la concepción sarmientina de la historia, que al modo de Gibbon o Montesquieu, abarcaba ascenso y decadencia iluminaba una parcela más pequeña del saber histórico. "La ciudad y su contorno bárbaro fue el escenario que eligió Sarmiento para exponer aquellos ciclos, pero, al mismo tiempo, la revelación con sabor a Franklin y Rousseau de esa pequeña comunidad circunscribió con más rigor este principio de legitimidad:

⁵ NATALIO R. BOTANA, *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, 1984, ps. 472/474.

el bien político en efecto se encontrará allí donde los ciudadanos puedan practicar la virtud. Se trata, ni más ni menos, de modelar a la comunidad política deseable con el auxilio de una activa forma de gobierno. La república crea al ciudadano y éste forma a la sociedad... Si la virtud no vive en el alma del ciudadano, no hay bien político en la república ni tampoco sentimiento común. Los regímenes de gobierno son pues formas puras sostenidas por principios adecuados a su objeto y es la educación para la virtud el resorte de la legitimidad republicana”⁶.

Luego de tantos años de alejamiento, Alberdi encontró a Buenos Aires muy cambiado, tanto en la ciudad como en sus habitantes; y, desde luego, caló muy hondo en su alma la ausencia definitiva de sus entrañables amigos Echeverría y Gutiérrez. Le fue imposible encontrar la paz y el sosiego que persiguió durante toda su vida, ya que las pasiones políticas y personales se exaltaron al máximo con la presencia del ilustre peregrino, y si bien torturaron y oscurecieron su fugaz actuación pública no le impidieron que en 1881 publicara su última obra fundamental *La República Argentina consolidada en 1880 con Buenos Aires como capital*. Como anota Palcos, “su antiguo sueño, el mismo de Rivadavia, de capitalizar a Buenos Aires, acababa de cumplirse. Clausurábase de esa manera el ciclo de la organización nacional con el triunfo de la causa que tuvo en Alberdi su mayor abanderado”⁷.

Designado miembro honorario por la Facultad de Derecho de Buenos Aires, fue invitado a pronunciar el discurso de la colación de grados el 24 de mayo de 1880. Versó sobre *La omnipotencia del Estado*, pero la emoción y su estado físico y anímico le impidieron pronunciarlo y debió ser leído por Martín García Mérou.

Al abandonar por última vez su querida Patria objeto de todos sus afanes, para iniciar su última etapa de exiliado que concluiría con su penosa y solitaria muerte, el incansable forjador y luchador de ideas, enfermo de cuerpo y alma hasta lo más profundo de su ser, parte convencido

⁶ NATALIO R. BOTANA, *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, ps. 483/485.

⁷ ALBERTO PALCOS, Prólogo a JUAN BAUTISTA ALBERDI, *El crimen de la guerra*, Ed. W. M. Jackson, Bs. As., 1944, p. XXVII.

de que su destino de eterno peregrino quedaba definitivamente sellado.

Es así que al ascender por la escalerilla del barco que por última vez lo alejaría de su tierra, al ver llegar presuroso a su querido amigo David Peña, dándole un fuerte abrazo y con lágrimas en los ojos, le dice con la voz quebrada por una incontenible emoción, con proféticas palabras que parecieran dirigidas a todos los argentinos: "No he tenido valor para despedirme de usted; quizá no regrese más" ⁸.

De vuelta a París, ya en sus últimos tiempos de vida, un día que pasa por frente a Notre Dame, se le ocurre entrar en la histórica iglesia en busca de un confesor; pero se detiene en las graderías y se pregunta: ¿He hecho daño alguno que no sea a mí mismo? Y prosigue lentamente su marcha a contemplar la estatua de Diderot, el escritor que fuera perseguido y hostigado por la palabra, igual que él ⁹.

Por decreto del 30 de enero de 1882, el Presidente Roca designó a Alberdi enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Chile. Alberdi envió entonces una nota al ministro de Relaciones Exteriores expresando que "el mal estado de su salud no le permite aceptar o rehusar el desempeño de aquel puesto, no pareciéndole prudente admitir un cargo que no sabe si tendría fuerzas para llevarlo a cabo antes de experimentar los medios curativos de cuya eficacia le hablan los médicos". Alberto Blancas, que viajaba para tomar posesión del cargo de secretario de la legación en Alemania, lo entrevistó para entregarle los documentos sobre la misión a Chile. Relata que en dicha oportunidad, el gran argentino le dijo: "Ha elegido usted una carrera brillante, pero no se haga muchas ilusiones de ella. No crea usted nunca en la justicia humana y menos en la consideración de los hombres. En una, encontrará siempre el vacío, en la otra, mentira, envidia, cálculo". Y refiriéndose a la misión que se le confiaba, siguió diciéndole, con profunda melancolía: "Agradezco el honor, pero no acepto. Los que han vivido mi vida, conservamos en el fondo de nuestra alma herida, que no se cura, desengaños profun-

⁸ JORGE M. MAYER, *Alberdi y su tiempo*, cit., t. 2, p. 1117.

⁹ PABLO ROJAS PAZ, *Alberdi, el ciudadano de la soledad*, Bs. As., 1945, p. 308.

dos, que si no se mitigan por ciertas manifestaciones posteriores, éstas llegan tarde. He sido un hombre muy combatido; he inspirado envidia y posiblemente muchos de los que me atacaron lo hicieron con cálculo, porque me temían. Hoy ya soy viejo, he dado todo lo que mi mente podía ofrecer a mi patria, y esa obra corona para mí la actuación que como ciudadano me correspondía. ¡Chile! ¡Chile! Cómo lo recuerdo... Prefiero vivir lejos de la miseria de los políticos y del egoísmo de los hombres... Yo me alejé de mi patria muy triste y desalentado, después de haber luchado por mis ideales y no he alcanzado la finalidad que ambicionaba. He vivido lejos de ella aun más triste y desalentado porque a medida que los años han pasado, sólo he visto aumentar el egoísmo, la envidia y el olvido para aquellos que al menos quisieron hacer algo... Las ilusiones también mueren”¹⁰.

Como anota Canal Feijóo, “poco se sabe de su vida en sus postrimerías. Estaba enfermo, de cuerpo y alma. Su carácter, expansivo y afable antes, se había alterado profundamente —testimonia un amigo—. Se creía víctima de traición y espionaje. De monomanía hablaban en su patria. Las *notas privadas* de los últimos tiempos —a veces simples anotaciones a letra microscópica al margen del calendario anual que tiene sobre su velador— dicen de terribles insomnios habitados por viejos fantasmas obsesivos, de extraños sueños en que se ve de pronto transportado a Buenos Aires, y mantiene choques con Sarmiento que sale de ellos maltrecho y humilado. Su soledad estaba llena de fantasmas de soledad inasumida, fantasmas de patrias después de todo” (pp. 585-586)¹¹.

Agotados sus recursos y encerrado más que nunca en su permanente soledad, la tristeza consumía a Alberdi rápidamente. Para peor, le llegaban noticias que ahondaban su incurable pena. Había muerto Fray Mamerto Esquiú, el Orador de la Constitución de Mayo, lo mismo que Salvador María del Carril. Sufría alucinaciones y su avanzada neurastenia lo llevaba a creer que hablaba con los muertos. Solo, pobre y abandonado, herido por la calumnia, la ingra-

¹⁰ JORGE M. MAYER, *Alberdi y su tiempo*, cit., t. 2, p. 1125.

¹¹ BERNARDO CANAL FEIJOO, *Constitución y revolución: Juan Bautista Alberdi*, Méjico, 1955.

titud y la injusticia en su exquisita sensibilidad, llega a caer en la manía persecutoria.

Quien fuera el eminente constitucionalista José Nicolás Matienzo, dijo alguna vez, ante la estatua del prócer en Tucumán: "Los hombres tienen su suerte y la de Alberdi fue dura como pocas. El infortunio y la injusticia, que le persiguieron con saña inexorable durante la vida, vinieron también a rondar de cuando en cuando, como las implacables Euménides, en torno de su sepulcro solitario. Y sin embargo, si cometió errores, ¿quién hubiera estado en aptitud de tirarle la primera piedra? No fue perfecto, sin duda, pero tampoco lo fueron sus contemporáneos. Las luchas de su tiempo le apasionaron como a todos; pero nadie puede invocar más desinterés que él, más amor que él a la verdad, más adoración que él a la libertad, ni más constante consagración al estudio de los medios de asegurar la prosperidad y engrandecimiento de su patria". Y Matienzo agrega: "No contribuyó jamás a adulterar el sufragio, no usurpó atribuciones populares, no empleó el poder contra las instituciones, no perturbó el orden público, no manejó los partidos en provecho propio; en una palabra, no cometió infracción alguna al código de la moral política. Haced, señores, la lista de los próceres argentinos que están en esas condiciones de pureza y decid después si tengo o no razón de afirmar que Alberdi hizo un empleo honesto de su incomparable talento. La verdad es que, para servir mejor al país, se alejó de las luchas que tienen por objeto la conquista y conservación del gobierno, y adoptó el papel de crítico de la política, por donde sus pensamientos y sus juicios rozaron frecuentemente las opiniones y la conducta de sus conciudadanos más importantes. Lastimó así el amor propio de muchos, que hubieran despreciado los ataques brutales de un censor mediocre, pero que no perdonaron la objeción perspicaz, profunda y culta del pensador habituado a rastrear las causas escondidas bajo la maraña de los acontecimientos"¹².

Seguro estoy que en el instante supremo de la verdad absoluta y definitiva, el inmortal argentino recordaría la imborrable imagen de aquella calurosa mañana del mes

¹² JOSÉ NICOLÁS MATIENZO, *Ante la estatua de Alberdi, temas políticos e históricos*, Bs. As., 1916, ps. 41/42.

de noviembre de 1834, alumbrada por un sol tucumano que comenzaba a entintarse de nubes que teñían aún de mayor melancolía la triste despedida de la tierra nativa, que nunca más volvería a ver. Y que al ascender al traqueteado carretón que hacía las veces de diligencia que lo llevaría al lejano Buenos Aires, en tanto humedecían sus pálidas mejillas amargas lágrimas de rotos amores y de interrumpidas amistades, agitaban aun más su angustiada mente las sentidas octavillas del Obispo José Agustín Molina, que sonarían en sus oídos durante toda su existencia:

“¡Alberdi, Alberdi, te vas!
¡Que el Ángel de los Caminos,
haga tu viaje felice! . . .
Sólo esto, el labio te dice,
mi corazón lo demás. . .”¹³.

Al perderse el carretón en la ya distante huella, tras la nube de polvo levantada del largo y hosco sendero, aquel joven, henchido de ideas y de ilusiones, mal podía adivinar que el Ángel de los Caminos, impetrado por el anciano prelado, a cambio del tremendo sacrificio de no permitirle el regreso, iluminaría, a través de los años y las penas, los éxitos y los fracasos, el amplio *camino de la Constitución*, destinado a conducir a la Patria a los soleados dominios de la Libertad, el Derecho y la Justicia, y bajo tan nobles auspicios, a la prosperidad, la grandeza como también el bienestar de todos sus habitantes con la segura mano de tan grande argentino.

Señoras; señores:

Que en las difíciles horas que vive la Patria, y en mérito al sublime sacrificio que de su vida hizo tan ilustre ciudadano, su protector, el Ángel de los Caminos, continúe señalando al pueblo argentino, tanto a gobernantes como a gobernados, el recto *Camino de la Constitución de Mayo* con la inspiración de Juan Bautista Alberdi, el *Padre de la Constitución y el Peregrino de la Libertad* que, desde hace un siglo, quedó plasmado en el bronce de la inmortalidad y la gloria.

¹³ JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Escritos póstumos*, t. 15, p. 208.